

En 1843 Kierkegaard comenzó su carrera como escritor dándose a conocer con la publicación de sus primeras obras. Este es el año de la publicación de *O lo uno o lo otro*, firmada por el editor pseudónimo Víctor Eremita. En su estrategia comunicativa Kierkegaard publicó otras obras firmadas por él que aparecían de manera simultánea a las obras de comunicación indirecta, en donde Kierkegaard, a manera de discursos, profundizaba en el significado de las implicaciones existenciales de la vida cristiana. Así, en este año también hubo tres publicaciones firmadas por Kierkegaard, como autor, que originalmente fueron publicadas de manera independiente y de manera paralela a sus obras de comunicación indirecta: *Dos discursos edificantes*, *Tres discursos edificantes*, *Cuatro discursos edificantes*.

La traducción que presentamos en este número de *Estudios Kierkegaardianos* corresponde al tercero de los *Tres discursos edificantes*: 1. El amor cubre la multitud de los pecados; 2. El amor cubre la multitud de los pecados; y 3. La confirmación en el hombre interior. No es casual que Kierkegaard los haya publicado en el mismo día en que aparecieron *Temor y temblor* de Johannes de Silentio y *La repetición* de Constantin Constantius. Ambos textos contienen temáticas y categorías esenciales para la comprensión de estos discursos. Se podría decir que en *Temor y temblor* Kierkegaard desarrolla de manera magistral su comprensión acerca de la fe, en *La repetición* indica la imposibilidad de la misma exceptuando exactamente el ámbito de lo religioso. Así, de alguna manera, los discursos enfatizan el amor de Dios como la fuerza que hace posible que suceda lo imposible.

*La confirmación en el hombre interior* se concentra exactamente en la consecuencia dialéctica, en el efecto que produce dicho amor en el individuo, a saber, que ante el desgaste y cansancio del hombre exterior, el individuo sea fortalecido y así sea confirmado en el hombre interior, es decir, en el hombre nuevo que no puede ser privado del poder y asistencia del amor mismo. De hecho, los dos discursos anteriores versan sobre cómo el amor tiene la fuerza de cubrir, en el sentido de transformar, la multitud de los pecados.

Por ello, este tercer discurso no es tanto una reflexión, como se pudiera pensar, sobre la interioridad humana, sino sobre la interioridad de Dios, es decir, sobre lo que Dios realiza en el individuo, pues Él es el autor de la confirmación, es decir, del fortalecimiento divino en el momento en el que la dialéctica de la existencia cristiana lo coloca delante de la tribulación y la contradicción, pues allí donde el hombre terreno ve sólo oscuridad, sufrimiento y aflicción, el creyente se sabe sostenido por una fuerza distinta, sobrehumana, divina, la fuerza del Espíritu de Dios que lo confirma porque le otorga un poder, el poder del amor divino que reconfigura todo con su luz. Sólo así el creyente puede vislumbrar que cuando las contradicciones de la vida son el destello más divino de la presencia del amor que incluso es capaz de hacer surgir una vida fundada en la esperanza de lo eterno que, sin embargo, no sólo se alcanza hasta el final de esta vida, sino que ya en su peregrinaje en este mundo el hombre puede alegrarse por Dios, le hace participe de esta confirmación con este fortalecimiento que se vuelve la luz de su existencia. Se podría decir que en general este ha sido el criterio de la traducción que más he cuidado en tanto que me parece esencial, pues sólo desde él se puede encontrar la unidad determinante en el pensamiento del danés.

Christopher Barba Cabrales